

LA FILOSOFÍA

DE LA

EDAD MEDIA

La Filosofía de la Edad Media

§ 51. Introducción. Literatura

Sólo con muchas reservas puede hablarse de una Filosofía de la Edad media cristiana, mientras se entienda por filosofar, el desarrollo del pensamiento, conforme con la razón e independiente de toda otra autoridad. Así como la Filosofía antigua, nació y se desarrolló, desligándose de la religión nacional (Mitología) toda la de la Edad media descansa, — excepto su momento arabe-judáico — (§ 63), sobre la base del dogma de la iglesia. Sin embargo dentro de estos límites se ha desplegado tanto ingenio filosófico y ha influido en algunos aspectos de tal modo en la Filosofía moderna que no se puede pasar someramente sobre este período.

El primitivo cristianismo no tiene realmente nada común con la investigación filosófica. Más bien se manifestó en él en sus primeros tiempos un señalado desvío por la Filosofía contestado por ésta con la misma fuerza. Pero tan pronto como el cristianismo rebasa su originaria limitación, especialmente cuando se apodera de los espíritus superiores siente más, que la conveniencia, la necesidad de ponerse en relación con el mundo intelectual helénico. Para dominar con sus propias armas al mundo pagano, trabajaron los escritores cristianos con los conceptos y fórmulas del pensamiento griego, levantando así poco a poco una construcción doctrinal cristiana, una dogmática. Esta época de los primeros siglos cristianos se llama la de los Padres y Patrística su Filosofía.

Después de conseguir esta nueva Filosofía con San Agustín su expresión más grandiosa y de haberse completado relativamente, busca la edad media y posterior darle una sólida fundamentación apoyándose en Aristóteles, organizarla escolásticamente y sistematizarla (Escolástica). La filosofía llega así a ser absolutamente la sierva de la teología. Junto a esta elaboración escolar y lógica de la teología cristiana camina, despacio primero, y avanzando después más y más, una especulación, afin al neoplatonismo penetrada de hondo sentimiento religioso, que logra su expresión más elevada en la mística alemana de los siglos 14 y 15.

Conduce al dominio religioso del nuevo tiempo (Reforma) mientras simultáneamente se prepara en la esfera intelectual, la vuelta a la investigación y al conocimiento, independientes y científicos. (Renacimiento).

Aún siendo muy interesante toda esta evolución religiosa, psicológica e histórico-cultural, tiene que limitarse nuestra Historia de la Filosofía ya por principio a una visión de lo más importante dentro de la misma. Exponer sus particularidades es cosa de la teología o también de aquella «Filosofía» que hoy todavía sigue las huellas de la escolástica.

De la literatura filosófica que comprende toda la edad media cristiana podemos citar junto a las obras ya anticuadas de H. Ritter (*Geschichte der Philosophie (Historia de la Filosofía)* tomo V Hamburgo 1841, y la más breve: *Geschichte der christlichen Philosophie (Historia de la Filosofía cristiana)* 2 tomos, Gotinga 1858-1859, especialmente el *Grundriss (Compendio)* de J. E. Erdmanns (ya citado) y el tomo I y el II de Ueberweg el segundo especialmente muy recomendable, cuya edición última (10) por M. Baugarten (Breslau) está muy corregida y aumentada (1905; 403 páginas, la 5ª ed. de 1877 tiene solo 276, 10 ed. 1915, 658-266 páginas. Apéndice bibliográfico). Más breve, muy notable también por su claridad es digna de citarse la de Clemens Bäumer en la *Allgemeinen Geschichte der Philosophie (Historia general de la Filosofía)*, pág. 288-381). P. Deussen (Teubnerschen) *Die Philosophie des Mittelalters (La Filosofía de la F. M.)*. Leipzig, 1915. De la lógica de este tiempo trata Pränse (ya citado) de la Ética T. Ziegler: *Geschichte der christlichen Ethik (Historia de la Ética cristiana)*, hasta el pietismo inclusivo. Las exposiciones más aceptables de la filosofía católica son la de A. Stöckl, *Geschichte der Philosophie des Mittelalters (Historia de la filosofía de la edad media)* 1864-55 (rigurosamente ortodoxa) 3 ed. 1889 y la de O. Willmann, *Geschichte des Idealismus (Historia del idealismo)* tomo II, 2 ed. 1908. De entre la teología-protestante es la fundamental, de mucho valor para los filósofos también la de A. Harnack, *Lehrbuch der Dogmengeschichte (Manual de los dogmas)*, tres tomos, 4 ed. 1909-10. Su *Grundriss der Dogmengeschichte (Compendio de historia de los dogmas)* es recomendable para los estudiantes. Digno e mención es también Loofs, *Leitfaden zum Studium der Dogmengeschichte (Guía para el estudio de la historia de los dogmas)*, 4 ediciones. Halle, 1906. De las nuevas Historias de la Iglesia, véase K. Müller, *Kirchengeschichte (Historia de la Iglesia)*, tomo I. 1892 y tomo II, 1. 1902, II 1. 1919.

Primera parte

La Filosofía de los padres de la Iglesia (Patrístico)

Tratan en especial, sobre la época de la patrística: Joh Huber Die Philosophie der Kirchenvater. (La Filosofía de los padres de la iglesia). Munich, 1859 (católico-liberal). Chr. Baur Das Christentum der drei ersten Jahrhunderte. (El cristianismo de los primeros siglos), 2 ed. Tubinga, 1860 (protestante liberal. A. Ritschl, Die Entstehung der alkatholischen Kirche. (El nacimiento de la antigua iglesia católica), 2 ed., 1857, (del mismo matiz). Stokcl Geschichte der cristlichen Philosophie zur Zeit der Kirchenvater (Historia de la Filosofía cristiana en el tiempo de los padres de la iglesia), Maguncia, 1891. (católico ortodoxo). Véase también la obra de Historia de la literatura de Ad. Ebert, Allgem. Gesch. der Literatur des Mittelalters im Abendlande. (Historia de la literatura de la edad media en el occidente) 2 ed. 1889. Wernle Die Anfänge unserer Religion (Los comienzos de nuestra religión) 1904. Bardenhewer Patrologie 2 ed., Freiburg, 1901. Aparece en la Bibl. de los Padres de la Iglesia una traducción alemana de casi todos los padres de la iglesia.

CAPITULO I

La antigua Patrística

(Hasta la fijación de los dogmas fundamentales en el concilio de Nicea 325 después de Jesucristo)

§ 52. El cristianismo primitivo y la Filosofía. Gnosticismo

No por su contenido filosófico, sino por su contenido moral y religioso se apoderó de los ánimos el cristianismo y conquistó finalmente el mundo de occidente. Buscó su fundamento más que en pruebas científicas, en la confirmación en la práctica: quien cumple la voluntad del Padre en los cielos, descubrirá si la doctrina de Jesús es verdadera, es decir, de Dios. De Dios pro-

viene el nuevo precepto de amor, (a el mismo y a nuestros semejantes), que representa la justicia más elevada. El camino para ello es la reforma de nuestros sentimientos; humildad, abnegación, confianza en Dios, lo que nos lavará de todo pecado y ha de identificarnos con él; el fin, es la instauración del reino de Dios que Jesús el mensajero de esta gozosa nueva, anunciado por los profetas como el Mesías, ha de llevar a cabo. En pocas palabras esto es la esencia de la nueva fe.

Frente a ello ha sido San Pablo la primera mente especulativa, el primer teólogo de la cristiandad que, saliendo de la sencillez del Evangelio, se ocupa teóricamente del concepto de ley del Antiguo testamento; pero cae dentro de la concepción judía, cuando pretende poner fin legal a las «leyes» de la antigua Alianza, sólo mediante el sacrificio representativo de Cristo después del que podría comenzar una nueva vida espiritual de las almas. En la parte no judía se encuentran muy pocos puntos de relación de nuestro asunto. Las cartas de San Pablo se mantienen muy apartadas de la Filosofía: «Cuidad de que nadie os conquiste mediante la Filosofía y frívolos atractivos que se apoyan sobre la tradición humana y no sobre Cristo» dice en las cartas a los colosios, 2. vers. 8. Por el contrario revela el 4º evangelio (pretendidamente S. Juan), que no fué compuesto hasta el 110, un conocimiento (según C. A. Harnack compenetración) de la Filosofía alejandrina del Logos (§ 48). Por desgracia encontró a partir de aquí también el arte equívoco de la interpretación alegórica y la doctrina demoniástica entrada en el cristianismo primitivo. También mantiene la esperanza entusiasta de la pronta vuelta de Cristo; del mismo modo se hacen notar rasgos ascéticos. Los escritos griegos de 93-150 de los llamados «padres apostólicos» (Clemente, y Hermias de Roma; Ignacio y Policarpo del Asia menor, entre otros), son sólo interesantes por su antigüedad como fuentes históricas. Por su contenido, son muy inferiores a los escritos del cánón del nuevo Testamento. conservados y filosóficamente no tienen interés alguno. El primer ensayo, frustrado ciertamente, de una Filosofía de la cristiandad es:

EL Gnosticismo

Sólo se conserva una obra gnóstica la Πιστις κοπία, en latín editado por Petermann 1851; en alemán por K. Schmidt, Leipzig, 1905, fuera de ella sólo se conocen exposiciones de sus contrarios, especialmente las de Ireneo e Hipólito. Exposiciones especiales contienen los teólogos Neandro (1818); Baur, (1835); Lipsio, (1860) y Hilgenfeld Keizerge (Historia de los Herejes (1884); Haupt probleme

der Gnosis. Bousset, Problemas cap. de la Gnosis 1907, véase también Harnack I, 186-226 y Reitzens'oin (pág. 213, Nota). Eugenio v. Schmitt, Die Gnosis (la Gnosis) 2 tom. 1907. Orienta muy fielmente en las concepciones de los Gnósticos el libro de Wolfgang Schulz: Dokumente der Gnosis «Documentos de la Gnosis, Jena (Diederichs 1910) (con una introducción extensa y numerosas aclaraciones).

Ya en algunos pasajes del Nuevo Testamento (Mat. 13, y 1 Cor. 2,10), se considera frente a la Fe (πίστις) el conocimiento, (γνώσις) de la sabiduría divina como el momento más elevado del cristianismo, previniéndose también ante él ciertamente — tanto en las cartas como en la Apocalipsis—tan pronto como se aislaba en doctrinas secretas, sectarias de la iglesia cristiana. Sin embargo, hasta en el siglo II no alcanzó la Gnosis una significación considerable. Los gnósticos quieren hacer del cristianismo una religión absoluta y universal, a la vez que pretenden elevarla lo mismo sobre la religión del Antiguo Testamento que sobre las «mezquinas» comuniones de fe, mediante su «espiritualización», esto es, una Filosofía misteriosa y fantástica, trozos de Filosofía y Mitología de los misterios helénicos, más la sabiduría de los cultos orientales. Su problema se refiere a la superación de la contradicción interna entre la creación del mundo por un Dios absolutamente bueno y la necesidad supuesta de la redención.

1. Los predecesores del Gnoticismo, aparecen al comienzo del siglo II en los pueblos del Asia occidental siempre inclinados al sincretismo religioso. Maestros como Cerinto, (hacia 115 en el Asia Menor), proceden primeramente del judaísmo que sólo hay que depurar moral y especulativamente. El creador y legislador del mundo venerado por los judíos es sólo el precursor del Dios inefable supremo, que como «Cristo» o Espíritu Santo, encarnó mediante el bautismo en Jesús hombre. Los sirios Saturnil y Cerdo añaden además una lista de Angeles y demonios, para llenar el abismo que media entre la más elevada Divinidad innominada e inconocscible y la materia, el imperio de Satanás. Los *ofitas* (adoradores de la serpiente), igualmente sirios, ven en la serpiente del paraíso la serpiente de bronce de Moisés y en Cristo, el mismo verdadero principio del conocimiento de Dios, libertador del celoso pueblo judío. Carpocrates de Alejandría, y sus partidarios unían a éstos más elementos helénicos especialmente platónicos y pitagóricos.

En sus escuelas coronaban la imagen de Jesús, juntamente con las de Pitágoras, Platón y Aristóteles. Fueron acusados por sus enemigos de la iglesia, de un exagerado comunismo.

2. Basílides que enseñó en Alejandría, por el año 130, formó

un sistema de fuerzas divinas, en 365 (!), con una gradación de esferas celestiales, en una serie desde la más elevada e inefable, innominada causa primera «que todavía no era Dios y que producía el germen del todo, hasta descender en innumerables «filia-ciones» y «emanaciones», a las regidas por Jehová que nosotros percibimos. La redención divina de Jesús y al mismo tiempo la misión moral de los hombres, consiste en la separación de lo espiri-tual de toda mezcla con lo material. La verdadera sabiduría y revelación procede sólo de la creencia en Cristo como espíritu (νοῦς).

El sistema gnóstico más completo y profundo fué, según nuestra noticias el de Valentín que en 135 llegó a Roma procedente de Alejandría, y quien a pesar de haber sido expulsado de la comunidad cristiana como hereje encontró especialmente entre los cultos numerosos partidarios. La causa primera de las cosas es la eterna y permanente Unidad, lo que carece de nombre, lo pro-fundo, el perfecto Eón, también llamado Padre y Primer Padre. Este produjo por necesidad de Amor—según algunos con la «quietud del pensamiento» como esposa, el espíritu y la verdad. De ellos proceden la razón (λόγος) y la vida, de estos a su vez, el hombre (ideal), y la Iglesia (ideal), y otras pares sucesivas entre ellos Cristo y el Espíritu Santo. Los 30 Eones (Espíritus)—dejando aparte la mística de los números pitagórica mezclada con estos —se llaman Pleroma, es decir, abundancia (del mundo del Espíritus).

Además es también importante la cosmogonía que recuerda la teosofía alejandrina, que fué expuesta novelescamente en la Πίστις Σοφία: el calvario del más joven de las Aonas, de la Σοφία, o sabiduría humana. Aspiraba con pecaminosa arrogancia a una reunión inmediata con el *creador*; pero sólo produjo un ser incompleto. Por el Eon «límite», le fué descubierta su limitación y la incognoscibilidad de la primera causa, fué liberado de su pasional anhelo y como su hija o sabiduría inferior, nombrada tam-bién Achamoth, desterrada en el vacío (opuesto a la plenitud) donde produjo el creador terrenal del mundo — llamado según Platón demigurgos—y el mundo de la materia. De aquí la ardiente aspiración a lo celestial en todos los seres y cosas de la tierra (recuérdese el «lamentos y esperanzas» de las Escrituras). También el mundo humano se reparte en diversos grados: los hombres materiales (Hílicos) los anímicos (Psíquicos) y los pu-ramente espirituales o pneumáticos. Para la salvación de aquellos vino Cristo a la tierra donde permaneció algún tiempo con figura humana; quiere conducirnos al verdadero conocimiento (γνώσις) y al reino de la luz, que es nuestro verdadero origen. Cierta que solo los «hombres espirituales» entre los que se com-

prenden los gnósticos mismos serán devueltos a la abundancia del reino del espíritu, participando en una salvación sin límites; los psíquicos permanecen en el punto céntrico con los Demiurgos y a los hombres materiales y a todo el mundo material, con el contrario al demiurgo, el malo o el demonio, corresponde la destrucción.

3. Los gnósticos posteriores, como Bardesanes, es decir, hijo de Daisan (nac. en el río Daisan, Edesa, 154-222) se inclinan a concepciones más próximas de las doctrinas de la Iglesia. Bardesanes concedía importancia especial a la libertad de la voluntad humana. Además es propio de la Ética gnóstica por su brusca contraposición del Espíritu y materia, un carácter eminentemente ascético; en muy pocos parece haber llegado éste principio a una completa indiferencia frente a los «pecados carnales».

El que en el gnosticismo figurasen muchos «embaucadores, magos, adivinos, estafadores, escamoteadores, embusteros y santurrones» (*Harnack I, 202*) no ha de cegarnos ante los fundamentos filosóficos ordenados místicamente conforme al modelo platónico y que a veces, particularmente en Valentín, revisten formas verdaderamente espirituales aunque fantásticas frecuentemente: 1. Evolución de un Universo total partiendo de una causa primera, en infinitas gradaciones, y 2.º Redención del mundo imperfecto, hundido en la condenación y en el pecado, mediante su nueva elevación a su originaria pureza divina. Junto a estos tienen los gnósticos también otros méritos; especialmente para la nueva iglesia han establecido un nuevo canon de las Escrituras cristianas y no solamente han alterado su sentido mediante una explicación alegórica, sino que también los han refundido por medio de la crítica filológica y de la exegesis. Así han llegado a ser con su actividad los fundadores de la dogmática, Ética y Exegesis cristianas, mientras que sus dotes filosófico-religiosas no se mostraron capaces para la organización y formación de una Comunidad.

Sin embargo, el cristianismo del siglo II se preocupa mucho por defenderse de estos ingertos extraños. Tenía que apartarse del Gnosticismo, aunque este afirmase representar el verdadero cristianismo espiritual y aspirase a ser la «doctrina secreta» de los Apóstoles, pues de hecho alteraba y disipaba los rasgos esenciales del cristianismo primitivo. En él se convertía a la divinidad una, en múltiples seres divinos, el sencillo fundamento religioso-moral se elevaba a misterios filosóficos, daba un significado simbólico a los hechos de la salvación, y sobre todo reducía la redención a los elegidos gnósticos. Menos por controversia teórica que mediante la firme organización que consiguió en

aquel tiempo (constitución episcopal), la iglesia pudo cuando el gnosticismo no volvía a su seno por su propia voluntad, hacerse dueña de él. Pero de su polémica con él no sólo ha nacido una literatura teológico-eclesiástica, (véase antes), si no que la misma Iglesia ha aprendido y tomado mucho como nuevamente lo ha mostrado Harnack en especial.

4. Como suplemento nos ocuparemos aquí aún de dos fenómenos de los cuales concierne uno a la historia de la Iglesia y el otro más a la historia comparada de las religiones: Marción y Mani.

a) Marción, rico marino de Sinope, que llegó a Roma hacia 140 está movido a diferencia de los gnósticos más bien por concepciones práctico-religiosas. Muy vivamente conmovido por la concepción pauliana del Cristianismo, intentó llevar la misma hasta sus más radicales consecuencias, mientras que dejó a un lado toda la fundamentación del Antiguo Testamento, contraponiendo: al Dios judío como imperfecto, al mal principio, Jesús como buen principio a la ley inflexible de la propia justicia, la libertad y el amor compasivo del Evangelio. Aunque no pretendía enseñar un sistema filosófico para los iniciados como los gnósticos, muestra alguna vez la influencia de éstos especialmente en su contraposición entre lo espiritual infinito y lo sensible limitado. De aquí llega también a un severo ascetismo en la Ética. Con el Antiguo Testamento rechaza igualmente sus interpretaciones alegóricas y de los Apóstoles sólo concede validez a San Pablo; y hasta las cartas de éste fueron muchas veces mal entendidas y falseadas por los judíos. El intento de Marción de reformar la iglesia en su sentido fracasó. Consiguió ciertamente muchos adeptos y de las numerosas comunidades que se formaron en el siglo II, contaron algunas, siglos de vida en Armenia y Siria. La gran Iglesia le expulsó como al extremo contrapuesto, los Ebionitas judaizantes.

b) También muestra influencias gnósticas, el persa Mani (en latín Manichaens 216-276) que predicó en Oriente por el siglo III su peculiar doctrina mezcla de elementos búdicos, persicos y gnósticos. Su rasgo esencial es el riguroso dualismo de la doctrina de Zoroastro, la lucha entre el Bien y el mal (luz y oscuridad) tanto en el mundo como en las almas. La rigurosa abstención de toda impureza en palabras y obras (por consiguiente celibato, ayunos, etc.) era la característica de los elegidos, a la cual tributaban una devoción casi divina los menos perfectos. A pesar de repetidas persecuciones (la crucifixión de su fundador) por los magos, consiguió el maniqueísmo extenderse mucho en los siglos IV y V en el Oriente. Recientemente han sido hallados en el Turquestan oriental trozos de escritos maniqueos, en lengua persa. Sobre este

nuevo maniqueísmo, cuyas influencias duran en los kataros y otras sectas cristianas, hasta el siglo XIII, se encuentran explicaciones detalladas en los escritos de San Agustín que perteneció a él durante nueve años. Véase la exposición de conjunto de *Harnack* DG I, 737-751.

§ 53. Los apologetas o primeros Padres de la Iglesia

Véase *Gebhardt* y *A. Harnack: Texte und Untersuchungen zur Gesch. der altchristl. Literatur. (Textos e investigaciones de la historia de la Literatura cristiana). (Tomo I Harnack). Leipzig 1883. Traducciones alemanas las da la «Biblioteca de los padres de la iglesia». (Kempten).*

Contra los numerosos ataques y censuras de que fué objeto el creciente cristianismo en el curso del siglo II por parte de escritores paganos (como Celso, y más tarde Porfirio) y del Estado pagano mismo, surgieron en nombre de la Iglesia un buen número de creyentes más o menos ilustrados en Filosofía, muchos de ellos conversos, con escritos de defensa. Tales son los llamados Apologetas. De ellos no nos interesa cuanto se refiere a las censuras de perversidad, actos de crueldad, enemistad del estado, sino tan sólo sus problemas filosóficos. En oposición a los Gnósticos representan los Apologetas a la iglesia cristiana; son designados por consiguiente con razón como sus primeros Padres; pero pretenden al mismo tiempo exponer la religión cristiana a los hombres cultos como la más elevada y única verdadera Filosofía, intentando también probar que es racionalmente la religión del espíritu, de la libertad y de la moralidad.

1. Del más antiguo de ellos, *Quadrato* de Atenas, no se sabe nada seguro. Del «filósofo ateniense» *Aristides*, nos informa una apología suya dirigida al emperador *Antonino Pío*, la cual defiende el monoteísmo, pero sin mostrar ninguna originalidad particular de pensamiento. El más significado con mucho, de todos los primeros Apologetas es *Justino*, mártir (muerto como tal entre 165-167 en Roma) de Sicheon que del estoicismo y platonismo pasó al cristianismo enseñándole con aspecto filosófico. De los escritos atribuidos a él redactados en griego, (ed. *Otto*, 1842, 3. ed. 1876-81.) le pertenecen dos apologías (ἀπολογία) dirigidas a *Antonio Pío* y *Marco Aurelio* respectivamente y el diálogo con el judío *Trifón*. El cristianismo es en *Justino* Filosofía y revelación al mismo tiempo; Filosofía, por explicar los problemas de todos los tiempos, y revelación divina que era necesaria para salvar a la humanidad del poder del demonio, del politeísmo y de la inmoralidad. Una

especie de revelación de la razón (Logos) divina ha sido concedida ciertamente también a paganos preeminentes como Sócrates y Platón y piadosos judíos (Abraham y Elías) de quienes los primeros han tomado mucho; pues el germen de la mente divina (el λόγος σπέρματικός, estóico) está derramado por todo el mundo. Pero la verdad completa se ha manifestado sólo en el nuevo Sócrates, en el «Maestro» Cristo, personificación humana de la mente de Dios. Dios, cuya representación es innata en todo hombre, tanto como los conceptos universales de la moralidad, es uno, eterno, sin origen ni nombre, inefable, y mediante su mente (λόγος) su Hijo divino hecho hombre en Jesús, en su sabiduría (Espíritu Santo), ha creado el mundo. El alma humana posee razón, inmortalidad y por la providencia divina no impedido libre albedrío. La influencia de Justino sobre los Padres de la Iglesia, posteriores ha sido muy considerable.

2. Próximo a él está Atenagoras el filósofo cristiano de Atenas el cual en una Apología que se conserva escrita en 177 en estilo helénico filosófico, intenta demostrar especialmente el monoteísmo y su unión con la doctrina de la Trinidad, y también, en un escrito especial, la resurrección corporal de los muertos. Mientras que Justino y Atenagoras, pretendían con sus Apologías dirigidas a los emperadores defender a sus compañeros de religión del Poder exterior, intenta Teófilo (Obispo de Antioquía, muerto en 186) convencer con fundamentos teóricos a un pagano científico de la verdad del cristianismo; no muestra en ello pensamientos originales. No considera al cristianismo como «Filosofía» sino como la «sabiduría de Dios».

Para el asirio Taciano es por el contrario el cristianismo la única Filosofía verdadera. En el escrito suyo, que se conserva, «Contra los griegos» (hacia 160, en alemán por Harnack 1884) todo medio de alteración y difamación, le parece apto para destrozar la ciencia, el arte y las costumbres griegas. El hombre consta de cuerpo, alma y espíritu, y sólo el último es inmortal. Tampoco posee valor científico Hermias, que vivió después y que en su «Burla de los filósofos que quedan fuera—fuera del cristianismo que cuenta como Filosofía—aspira a ridiculizar a los filósofos paganos mostrando sus diferencias con cierta gracia y frescura, pero también con una absoluta incomprensión. Representa esta filosofía como un engendro de los demonios nacidos de los ángeles caídos, y mujeres terrenas.

3. Menos contra la Filosofía pagana que contra el gnosticismo cada día más poderoso entretanto, se dirige la obra capital de Ireneo (del Asia Menor, obispo de Lyon más tarde, donde debió morir como

mártir en el año 202) de la cual se conserva una traducción latina: «Descubrimiento y refutación del falsamente pretendido conocimiento». En oposición a los gnósticos extraviados por la sabiduría secular, intenta Ireneo fundamentar teóricamente la doctrina de la Iglesia juntamente con la tradición apostólica continuada por los Obispos. Se atiene a la identidad del Creador y del Salvador, del Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento le sirve (para hablar como San Pablo) de «Censor» para el Nuevo; la historia toda es un plan divino de educación para salvar a los hombres, lo que es fin y objetivo de la creación. Todo, la naturaleza inclusive sirve exclusivamente para la salvación del hombre, llevada a cabo por Cristo. Para qué se hizo Dios hombre? Para que nosotros fuésemos dioses. La decisión del individuo en pro o en contra de los preceptos divinos depende únicamente de su voluntad libre.

Hipólito, (presbítero en Roma, muerto hacia 235), discípulo de Ireneo, célebre como ilustrado autor de una gran obra: «*Contra todas las herejías*», y como ingenioso defensor de una doctrina del Logos cristiana no aporta nada esencialmente nuevo.

4. La obra de Ireneo, ha influido poderosamente en los Padres de la Iglesia de los siglos III y IV. En el norte de Africa, sus esfuerzos encontraron un continuador: Tertuliano, hijo de un centurión, (150-220) quien en la época de Cristo llegó a ser abogado cartaginés. Tertuliano es uno de los primeros representantes de la literatura latino-cristiana. El elemento jurídico y romano sobresale en su modo de ser. El cristianismo es para él sobre todo una nueva ley. Es un defensor celoso de la tradición episcopal, aunque su severidad de costumbres puritana, le condujo después a las filas de la secta montanista surgida en Frigia y cuyo rasgo capital era un fanático ascetismo. A los apologetas pertenece por el escrito de tal índole que dirigió al emperador Septimio Severo en 197; por lo demás, la naturaleza fogosa le llevaba mucho mejor hacia los polemistas. La exposición de sus numerosos escritos es original, de ornato retórico, impetuosa y a menudo con donaire. Casi tan agudamente como Taciano, y con mayor inteligencia que éste ataca al paganismo y a su Filosofía. No hay armonía posible entre Atenas y Jerusalén, la Academia y la Iglesia. Toda la ciencia y cultura secular es necedad ante Dios. Cristo se somete incondicionalmente a revelación bíblica inspirada por Dios mismo. Un artesano cristiano, es superior a Platón, en el conocimiento de Dios.

Con todo no carece Tertuliano de Filosofía. Evidentemente han influido sobre él los estoicos en su Filosofía de la naturaleza en la que mantiene como ellos un pronunciado materialismo: todo

lo real es corporal, aún Dios mismo, y el alma humana; el alma del niño, es un retoño (tradux) de la de los padres. Con esto une, como aquéllos, una Teoría del conocimiento sensualista, y sobre ella funda sin embargo, la ortodoxia de su sistema. Por ser el hombre por su propia fuerza completamente incapaz de conocer la verdad, la esencia de Dios y la suya propia y sus ulteriores determinaciones, necesita de la revelación divina. Esta está en oposición necesaria con el conocimiento humano, es no sólo supraracional, sino precisamente antirracional. De aquí la frase que se le atribuye, no hallada literalmente en ningún texto suyo: *Credo, quia absurdum est*. La resurrección de Cristo, es precisamente cierta por esto, por aparecer como imposible a la razón humana.

La ética de Tertuliano, es característica por su ascética oposición a los sentidos y al mismo tiempo, su esperanza fanática en la inmediata venida de Cristo. El verdadero Cristo, es para él «un Angel que cabalga sobre una bestia domada (la sensualidad)» a quien mancilla todo oficio secular, como el servicio militar, por ejemplo.

5. Mucho más prudentemente que su colega cartaginense piensa el abogado romano Minucio Félix, cuyo diálogo: *Octavius* describe la conversión de un filósofo pagano (Cecilio) por un amigo suyo cristiano (Octavio). De todos los apologetas cristianos, Minucio es el que está más cerca de la Filosofía antigua y especialmente de los estoicos, por su racionalismo y su tendencia moralizadora. En su forma dogmática, casi desnuda, aparece el cristianismo como un monoteísmo moral que también Platón y Aristóteles, entre otros, habían reverenciado ya. La época de este escrito se encuentra entre los años 180 y 300. Depende de que Tertuliano haya empleado el trabajo de Minucio o éste el de aquél, problema aún no resuelto de un modo decisivo.

6. Por su relación doctrinal, así como la época en que vivieron, al final de este período, se citan junto a los últimos apologetas (que escribieron en latín): Arnobio y Lactancio. El retor africano Arnobio compuso hacia 300, siete libros: *Contra los paganos* (adversus gentes) en los que defiende la unidad y eternidad de Dios frente al absurdo e inmoralidad del politeísmo. Intenta probar la divinidad de Cristo, preferentemente con sus milagros. El alma humana está íntimamente unida con el cuerpo y su única fuente de conocimiento es la percepción; por consiguiente un hombre que viviera completamente solo desde su nacimiento, permanecería espiritualmente ciego (pensamiento aceptado después por los sensualistas del siglo XVIII; véase La Mettrie y Condillac). Mortal por naturaleza, alcanza la inmortalidad sólo mediante la gracia de Dios que quiere recompensar a los buenos y castigar a los malos.

Con un espíritu semejante escribió después Lactancio, que fué primeramente, maestro de oratoria, como aquél en Africa y más tarde mentor de príncipes en la corte de Constantino. Los méritos de su estilo le valieron el sobrenombre de «el Cicerón cristiano». Su obra capital: *«Institutiones divinae»* quiere dar una fundamentación filosófica de la doctrina cristiana y al mismo tiempo una enseñanza que presente una «refutación» de la falsa religión y Filosofía paganas. Un Espíritu Santo, como tercera persona independiente de la divinidad, no lo conoce todavía Lactancio. El bien más elevado es la inmortalidad; sin la esperanza de una recompensa divina sería la virtud la cosa más inútil y necia del mundo. Ni en Arnobio ni en Lactancio se encuentra profundidad filosófica alguna.

En la misma Corte en que Lactancio enseñaba alcanzó el cristianismo una victoria que lo convirtió en religión del estado. Con ello terminó la necesidad de los «apologetas».

§ 54. La Filosofía de la religión de los Alejandrinos (Clemente y Orígenes)

Véase entre otros Overbek: *Die Anfänge des patristischen Literatur* (Los comienzos de la literatura patristica) en Sybels *Hist. Zeitschr.* 1882, cuaderno 6 Edición O. Stahlin. *Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten Jahrhunderte* (Los escritores griegos cristianos de los tres primeros siglos) Leipzig 1905-9.

Los Gnósticos habían elevado mucho su «conocimiento» sobre la poca estimada fe común; de entre los apologetas cristianos los más ilustres, Ireneo y Tertuliano se tuvieron que servir a la fuerza de la Filosofía para poder refutarlos. Hacia el final del siglo II se presentó en varios lugares por el contrario muy activa en el seno de la iglesia la tendencia a poner en armonía la ciencia y la religión; muy poderosamente en Alejandría la vieja sede de la ciencia y de la Filosofía de la religión. Allí nació una llamada escuela de catequistas para la formación de maestros de catecúmenos que combinaba el cristianismo con cultura helénica y al mismo tiempo pretendía hacer comprensibles a los paganos ilustrados las verdades cristianas. En ella enseñó desde 189 hasta su muerte acaecida por el 215, Clemente de Alejandría (se le llamó así para distinguirlo de un obispo que vivió un siglo antes, Clemente de Roma).

1. CLEMENTE

Las tres obras maestras de Clemente (ed. Dindorf, Oxford, 1869. Stahlin Leipzig, 1905-9) que reunidas forman un todo son: 1. La

Amonestación a los Griegos (Λόγος προτροπικὸς πρὸς τοὺς Ἕλληνας), orientada en la misma tendencia conocida de los apologetas de mostrar el absurdo del paganismo. 2. El Παιδαγωγός o Educador en la moral cristiana y el 3, el más importante, los ocho libros del Στωματεῖς, que expone no en forma rigurosamente sistemática, sino más bien aforística (de aquí su nombre στωματεῖς, tapiz abigarrado) la concepción cristiana como verdadero conocimiento, una especie de Gnosis eclesiástica, por consiguiente profundizándola mediante ideas estoicas y platónicas.

Clemente, nacido pagano, probablemente en Atenas y habiendo pasado por las escuelas filosóficas griegas, consideró como el tema más propio del cristiano, apropiarse pensando el cristianismo. La palabra de Dios fué siempre para él la mas elevada pauta; pero necesitamos de la filosofía, para pasar de la mera creencia de autoridad (πίστις) a las esferas más elevadas del conocimiento (γνώσις) de la sabiduría del niño a la del adulto. Lo que para los judíos la ley, era para los griegos la filosofía, especialmente la de Platón «enviado de Dios», el educador en Cristo. También en el alma de los filósofos griegos estaba derramado el germen de la sabiduría divina como con Justino declara. El cristianismo es la doctrina de la creación, educación y perfeccionamiento del género humano, mediante el Logos que se hizo visible en Cristo. La misma divinidad no tiene nombre ni forma y en esencia sólo se puede determinar negativamente. Sólo el Hijo mediador entre Dios y los hombres es cognoscible positivamente. El fin más elevado del hombre es ascender hacia Dios, por medio del conocimiento verdadero. El verdadero gnóstico presenta muchos rasgos de la manera de ser estoica; alguna vez llega a llamarse «el Dios errante en la carne». También la Ética muestra junto a los cristianos que son sus fundamentos originales, rasgos helénicos, así ante todo la alabanza de la σωφροσύνη, la justa medida. No menosprecia el matrimonio ni la riqueza, sino que aspira sólo a la recta conciencia.

2. ORÍGENES

Orígenes, el más ilustre discípulo de Clemente fué el primero en crear, un sistema de teología orgánica, junto a San Agustín, hasta entonces el más significado de toda la patrística (ed. Migne de sus obras en 7 tomos y Koetschau por encargo de la Berl. Ak en 2 Leipzig 1899; véase la monografía detallada de Denis, París 1884).

Orígenes, nació probablemente, en 185 en Alejandría, y es el primero de entre los importantes Padres de la Iglesia, que nació ya cristiano en quien precedió por consiguiente la cultura cris-

tiana a la Filosofía; a los 18 años era maestro de la escuela catequista. En 232 por haberse desviado de la doctrina ortodoxa fué expulsado del sacerdocio y tuvo que abandonar Alejandría; pero enseñó más tarde en Cesaréa y murió en Tiro en 254. Por su resistente aplicación y por ser un polemista invencible según otros, adquirió el sobrenombre de «el acerado». Sus ascéticas concepciones hubieron de conducirlo a castrarse a sí mismo. Sus numerosos escritos teológicos no nos interesan ahora. De los filosóficos se conservan: 1.º La no muy acertada defensa del cristianismo, contra los ingeniosos ataques de Celso (§47); 2.º Su obra capital sistemática «de las doctrinas fundamentales» (Περὶ ἀρχῶν) en cuatro tomos, cuya mayor parte se conserva expuesta en latín (*De principiis*).

Para Orígenes forman desde luego las doctrinas bíblicas el contenido de la fe, pero sólo en su concepción especulativa representan el verdadero cristianismo. Aspiraba a una unidad tan íntima del cristianismo y de la Filosofía, que el neoplatónico Porfirio (§ 49) declaró que podría aprobar su sistema hasta con las en él esparcidas «fábulas extrañas». Desde esta concepción especulativa llega ciertamente como Clemente a una distinción de una forma mítica de la religión para la muchedumbre, la cual como los niños sólo es capaz de apreciar la verdad disfrazada y en imágenes, y otra más espiritualizada para los cultos. El contenido de su sistema, lo toma, aunque transformándolo personalmente en gran parte, de la Metafísica neoplatónica de su tiempo; en él, continúa siendo en primer término cosmológica.

a) En la cúspide está la doctrina de Dios, como el fundamento eterno de todas las cosas; a él, el uno, se refiere todo lo creado en su orden, dependencia y anhelo. El es eterno, inmutable, omnipotente infinitamente bueno, sabio y justo. Por su abundancia produce continuamente a su Hijo (Logos) como la luz su propio brillo. Este, que en Cristo tomó cuerpo, pero que desde la eternidad, estaba junto al Padre, es a su vez el prototipo del espíritu creado, desde lo más elevado a lo más ínfimo (la idea de las ideas); la más alta creación es el Espíritu Santo, la tercera persona de la divinidad.

b) En cuanto los espíritus creados hacen uso de su libertad, se da la inercia, los errores, en una palabra la desviación de Dios. Así nace el mundo que es tan eterno como Dios mismo, ya que éste en ningún momento puede estar sin crear; pero que depende de su voluntad, y finalmente el hombre que está encadenado, en lo que no es» (véase Platón) en la materia. Por su propia elección.—Orígenes se esfuerza en probar detalladamente el libre

albedrío—nace el mal, esto es, el apartamiento de la abundancia del verdadero ser de Dios.

c). Pero sobre el mundo total de los espíritus así hombres como ángeles, reina un divino plan de creación (véase Ireneo), que finalmente salva a todos — hasta el demonio—volviéndoles a su originaria unidad de esencia con Dios (ἀποκατάστασις = resurrección). Se lleva a cabo mediante el Logos hecho hombre en Cristo el cual da a cada uno de nosotros tanta participación en su esencia, como nosotros (delicado pensamiento) le tributamos amor. El fin ético-religioso de cada individuo o colectividad, es la paz en Dios, insensible frente a todos los males terrenos.

d) ¿Qué relación tiene la concepción especulativa de Orígenes con los escritos bíblicos? Los considera — esto se observa en su lectura—como inspirados por el Espíritu Santo. Sin embargo, el Antiguo Testamento es solamente una preparación para el Nuevo, como éste a su vez es la introducción en la verdad perfecta (σοφία) que se realizará con el advenimiento de Cristo. Orígenes, como los gnósticos, distingue una cristiandad somática, otra física y otra pneunática; a la primera corresponde la interpretación literal de la Escritura, a la segunda la moral, y a la tercera la más elevada, la intelectual o alegórica (véase Filón). Todos los milagros son naturales en su más elevado sentido; toda otra explicación sería una ofensa a la razón (Logos) divina. La muerte de Jesús, es ante todo un ejemplo no una expiación. La descripción sensual de las esperanzas milenarias que reina en Ireneo y Tertuliano es decididamente combatida por Orígenes, que transforma la resurrección de los cuerpos en una de los espíritus y así en otros puntos.

3. LA INFLUENCIA DE ORÍGENES

El sistema de Orígenes con su espiritualización platónica de la doctrina de la iglesia, no era muy adecuado para naturalizarse dentro de los rigurosos círculos ortodoxos. Así como él, por la acción de estos llegó a ser expulsado de Alejandría, también sus doctrinas llegaron a ser expresamente condenadas después, (540). Es de notar que esta condenación fué pronunciada por el mismo emperador (Justiniano), que suprimió las últimas escuelas filosóficas griegas tan espiritualmente afines al neoplatonismo de Orígenes. Sin embargo llegó a ejercer, especialmente en el Oriente cristiano, poderosa influencia. El «origenismo» fué largo tiempo una dirección importante en la iglesia. Sus continuadores posponen aún más que él mismo, el interés práctico religioso, al puramente teórico del conocimiento. En lugar de una fundamentación bíblica aparece una dialéctica y la razón eterna suple al histórico Jesús. En esta

época cae todavía el sucesor de Orígenes, en la dirección de la escuela de Alejandría: Dionisio de Alejandría (llamado también el «grande» que murió el 265) que a la manera de los antiguos filósofos griegos de la Naturaleza, desde un punto de vista cristiano modificado por el espíritu de la filosofía helénica (Platón, Pitágoras, estóicos, Heráclito) escribió una obra bajo el título *περί φύσεως* en la que combate el atomismo de Demócrito y Epicuro.

Las luchas entre estos origenistas y otras direcciones eclesiásticas, especialmente la de los *monarquianos* (Sabelio, Pablo de Samosata) que tan tenazmente defendieron «la indivisibilidad de Dios, pertenecen a la historia de los dogmas y de la Iglesia, igualmente el arrianismo que con su subordinación del Hijo al Padre entra en cierta relación con el Origenismo. Conocido es como en el concilio de Nicea (325), la doctrina opuesta sustentada por Atanasio, por la voluntad del Emperador consiguió la mayoría, y pronto la omnipotencia en el imperio de la Iglesia.

CAPITULO II

La nueva Patrística

(desde el concilio de Nicea 325 hasta el siglo VIII)

§ 55. Introducción. Los nuevos origenistas S. Gregorio de Nisa

Entramos realmente ahora en la edad media. Las poderosas razas del norte, atraviesan en invasión por todas partes los límites del imperio amenazando ahogar su vieja cultura. Y seguramente la filosofía, el arte y las costumbres greco-romanas en disolución no hubieran podido oponer resistencia al recio empuje germánico, a no haber sido por algo ante lo que también los bárbaros se inclinaron: la iglesia cristiana. Esta acaba de afirmarse bajo la custodia del poder secular y comenzaba a crearse una organización externa cada día más fuerte. Pero ésta tan sólo podía consolidarse a medida que, como aconteció en una serie de concilios, se fijase el dogma fundamental definitivamente, expulsando como heréticos a los representantes de direcciones disidentes. Precisamente ofreciendo una unidad formal llegó a ser la Iglesia una potencia, con la que podía contar y contaba la política secular. Pero para el desarrollo de la especulación filosófico-teológica que hasta entonces se había llevado a cabo con libertad de formas, la consecuencia fué que en, lo sucesivo, no se arriesgó ya a reformar la doctrina de

la fe. El dogma aparece desde entonces como intangible y es considerado como condición de la bienaventuranza. La Filosofía, si es que de ella puede hablarse realmente, se hizo sierva de la Teología, la ciencia cristiana, esto es, la especulación doctrinal de los teólogos se ocupó tan sólo de elaboraciones sutiles de detalles, o de una fundamentación «filosófica» suplementaria del dogma de la Iglesia establecido de antemano. De aquí que una historia de la filosofía durante los siglos inmediatos puede ser muy brevemente bosquejada. Sólo la grandiosa figura de San Agustín, merece una consideración más detallada.

La mayor parte de la labor especulativa, se conservó en la escuela de Orígenes; también ella naturalmente se colocó cada vez más dentro de la pura ortodoxia. Lo disconforme de la doctrina del fundador fué entonces ocultado, apartado o expresamente combatido. En cierto modo se busca, «proteger la fe de Atanasio con la ciencia de Orígenes» (*Harnack*). Los Padres de la Iglesia sobresalientes en esta dirección, son los llamados tres «grandes Capadocios»: los obispos Basilio de Cesárea (muerto en 379) su hermano San Gregorio de Nisa († en 394) y Gregorio de Naciancia († en 390). El primero adquirió celebridad como príncipe de la Iglesia y fundador de órdenes monásticas y el último como teólogo y predicador. Para nosotros es de cierta importancia, tan sólo Gregorio de Nisa por su intento de probar racionalmente la doctrina de la iglesia en su «Gran discurso catequista». El dogma de la Trinidad es el justo medio entre el politeísmo pagano y el exagerado monoteísmo (monarquiasnimo): la expresión Dios, designa un ser en el que participan tres personas. El alma que nace con el cuerpo tiene cuando este muere una existencia no espacial aunque después puede hallar sus partes y apropiárselas. Afirma el libre albedrío en oposición con Agustín; por consiguiente es también necesario el único mal, el mal moral. Sin embargo, de la bondad de Dios, procede la salvación final de todos los hombres y su nueva fusión en él. De notar es igualmente su idealización del mundo sensible, delatora de influencias neoplatónicas. Los elementos de los cuerpos (forma, color, densidad, etc.) en principio son Ideas inmateriales, cuya colaboración establecida por Dios, produce los cuerpos. Para su sumisión dentro de la doctrina eclesiástica, es característico el «Diálogo con su hermana Macrina, sobre la resurrección» en el que declara no querer aceptar la resurrección por convencimiento, sino como «orden de las sagradas escrituras» y sólo posteriormente intenta dar una prueba racional. Con todo es, San Gregorio hasta cierto punto, un pensador original, que ha escrito por ejemplo, esta frase hermosa: «Quien redime a

su corazón de toda maldad y agitación, verá en su propia belleza la imagen del Ser divino.

Frente a las elevadas especulaciones de los origenistas del tan celosamente cultivado por ellos método alegórico, veló la escuela de Antioquía por conservar un pensamiento sobrio sin llegar a triunfar sin embargo.

De los padres de la Iglesia occidentales anteriores a S. Agustín citaremos solamente al conocido obispo S. Ambrosio de Milán († en 397) que dió en su libro muy leído; *De officiis, ministrum libri III*, una doctrina cristiana de las costumbres, según el modelo del *de officiis* de Cicerón pero que carece de valor filosófico (Véase la monografía de *Th. Foerster*, Halle 1884.)

§ 56. San Agustín (354-430)

C. Bindemann, Der heilige A (San. A.) 3 tomos, 1844-69.
*A. Dorner, 1873 H. Reuter Agustinische Studien Estudios Agustini-
 anianos Gotha 1887. Mausbach. Die Ethik des hl. Aug. (La Ética
 de S. Agustín), 1909. Punta de vista católico, 2 t. Feiburgo 1909.*
*Además, véase especialmente: A. Harnack III, 1-244 y Eucken.
 (Lebensanschauungen). Concepciones de la vida, pág. 258-295.*
*Da una abundante bibliografía Baumgartner en apéndice a Ueber-
 weg, II. § 16, pág. 69-76.*

a) *Su vida y escritos.* Nació en 354 en Tagasta, en la Numidia, de padre pagano y madre cristiana, la piadosa Mónica. Fué maestro de retórica en Cartago, Roma y Milán, y antes de encontrar su definitiva satisfacción en el cristianismo experimentó una agitada evolución interna avivada por la lucha con su apasionado, ardiente y sensual temperamento que adoptó en Filosofía uno después de otro, los más diferentes puntos de vista. De joven, la lectura del *Hortensio* de Cicerón, le condujo al estudio de la Filosofía, acató primero casi durante diez años el maniqueísmo, (véase § 52), se inclinó después al escepticismo de la Nueva Academia, abandonó pronto este descontento, atraído por el neoplatonismo hasta que finalmente San Ambrosio de Milán le ganó para el cristianismo. Bautizado en el 387 llegó al sacerdocio en 391 y en 395 a ser obispo de Hipona en el norte de Africa, donde murió en el 430, cuando los vándalos sitiaban la ciudad.

La eficacia religiosa y eclesiástica de San Agustín ha sido enorme y todavía hoy queda su huella; más aquí sólo nos ocupará ahora su labor filosófica. De sus numerosos escritos que ocupan nada menos que diez y seis volúmenes de la colección Migne de los Padres de la Iglesia (*Patrologiae cursus completus*) corresponden

aquí — aparte de las «Confesiones» que narran con sinceridad su personal evolución, escritas con finura psicológica y con mucha retórica también y traducidas hoy en casi todos los idiomas europeos — principalmente: 1. Los escritos filosóficos desde el año 386 a 388: *Contra Academicos*, *De beata vita*, *De ordine*, (esto es, la situación del bien y del mal en el orden divino del mundo) *Siloli- quia*, *De quantitate animae* y *De libero arbitrio*, 2. después del 400: junto al tratado teológico *De trinitate*, ante todo su obra capital, los 22 libros *De civitate Dei* compuesto del 413-426 y finalmente las *Retractationes*, escritas al término de su vida, que forman un sumario de sus escritos junto con una revisión de los mismos, en sentido ortodoxo.

b.) *Filosofía*, 1. *Fundamento y punto de partida*. La «Filosofía» de San Agustín no se encuentra desarrollada en una ordenación sistemática, sino que para hablar de ella hay que desprenderla de puntos aislados de sus escritos. Su primer principio y punto de partida es la propia certidumbre de la experiencia interior. Como Sócrates, apartándose de la naturaleza exterior, San Agustín también, vuelve hacia la vida interna: «Yo deseo conocer Dios y el alma. ¿Nada más? No, nada más». «No vayas hacia fuera vuelve a ti mismo; en el interior del hombre mora la verdad». ¿Cómo se puede encontrarla? Qué permanece fijo, cuando todo lo demás se ha hecho dudoso? La certidumbre de mi vida interior. Aun para dudar o poder equivocarme tengo que existir antes. Quien duda, sabe que vive, que piensa, que quiere mientras aspira a la verdad. Muestra mediante sus dudas que por lo menos busca un criterio de verdad, que aparte de las percepciones sensibles posee la capacidad más elevada del pensamiento, o de la razón, (*intellectus*, *ratio*) esto es, el poder de concepción de verdades incorpóreas, que para todos los que piensan tienen que ser las mismas. A esto sigue sin embargo una dirección teológica. Estas verdades o ideas «ciertas en sí» y «eternas» descansan en Dios. Dios, al que ciertamente nunca puede comprender completamente el pensamiento humano, es el origen de todas las cosas, el ser supremo y al mismo tiempo el supremo bien, el Supremo amor y la suprema belleza. A él se trasportan también las actividades fundamentales del alma humana: el pensar, el juzgar, y el querer, también llamados *esse nosse* y *velle*, como onnipotencia, omnisciencia y bondad.

2. *La doctrina de la voluntad*. La esencia del ser humano, radica en la voluntad. Ya la actividad externa de los sentidos y aun más la interna son como «intenciones del alma» (*intentiones animae*) esencialmente actos de voluntad y del mismo modo el

pensamiento, en su dirección y en su fin. Es una voluntad como San Agustín en las luchas internas de su alma sedienta la había producido; la que reposa en aspiración pasional a la felicidad y paz del alma de una sensibilidad naturalmente fuerte. Con respecto a las verdades más elevadas tiene que subordinarse, ciertamente, el espíritu humano a la iluminación y revelación divinas que le auxilian mediante la gracia de Dios. Pero también ellas sólo pueden ser concebidas mediante la fe que descansa en un acto de voluntad y de este modo apropiadas por el alma. En el difícil problema de la conciliación del libre albedrío humano con la previsión divina se coloca San Agustín, al comenzar como casi todos sus precursores teológicos, más bien al lado del primero. Puntos de vista religioso-ecclesiásticos le han conducido después a dar un relieve cada día más poderoso a la providencia divina (doctrina de la predestinación) que ya se había abierto camino en las cartas de Pablo. El libre albedrío queda limitado a Adán el primer hombre; después de él la humanidad tiene sólo libertad para el mal, no para el bien, (pecado original) con lo que por otra parte como veremos, es conciliable la libertad del obrar moral en la vida diaria (no religiosa). Tanto más baja el hombre, más se eleva Dios. Sólo la gracia divina puede salvar al hombre de la perdición temporal o eterna. Ella se comunica mediante la iglesia y los sacramentos: *Extra ecclesiam nulla salus*. Pretensión a esta gracia no puede tenerse; es cosa de Dios elegir a los que él quiere. La discusión más detallada de este problema y sus controversias con Pelagio entre otros, pertenecen a la historia de la Iglesia.

3. *Filosofía de la Historia*. Resultado del mismo principio es la filosofía de la historia que San Agustín deposita en su magna obra: *Sobre la ciudad de Dios*. También la evolución de la historia universal la determina de antemano inviolablemente la voluntad divina sin que el hombre pueda tener por sí mismo participación en ella. Desde el comienzo del mundo (esto aporta recuerdos maniqueos) luchan dos imperios entre sí: el de Dios y el del demonio, la ciudad terrena (*civitas terrena*) y la divina. Es la primera un producto del pecado que persigue en consonancia fines terrestres y egoístas. En el mejor caso es un lugar de violencia ordenado por Dios para castigo y moderación de la maldad; pero nunca con finalidad propia. La ciudad de Dios existe ya presente en el cielo, y atrae a sí poco a poco sus miembros, que sólo como extranjeros permanecen sobre la tierra. La evolución de la humanidad se lleva a cabo conforme al plan de educación divina en seis períodos, comparables a las edades del hombre, que se apoyan en pasajes bíblicos (los seis días de la creación) y en la historia de Israel.

Muestra poca comprensión del mundo y cultura helénicos este Padre de la Iglesia y menos aún de los romanos ya en completa disolución en su tiempo. En su último período que comienza con Cristo nos encontramos. El fin que está próximo viene a ser para los creyentes la entrada en la celestial Jerusalén y con ello la paz y bienaventuranza eternas, y para los pertenecientes a la ciudad terrena la eterna e irrevocable condenación y por consiguiente en oposición con la final armonía y nueva reunión con Dios de Orígenes, una eterna separación del imperio de Dios y del de Satán. ¡Esto es la ciudad de Platón, hecha filosofía cristiana! De filosofía social no muestra rastro alguno. Los movimientos comunistas de sus enemigos los donatistas fueron decididamente rechazados por el obispo de Hipona como la Iglesia «trunfante» de todo tiempo.

4. *Ética.* Por muy teórico que sea el último fin de San Agustín, la paz, bienaventura de la contemplación de Dios en la otra vida, también ha exigido sin embargo para esta vida y aún la ha ejercitado, una rigurosa moralidad en la acción en cierto modo opuesta a su doctrina religiosa del pecado original y de la gracia de Dios (véase antes). Y esto partiendo de la conciencia interna que por su contenido tiene que ser cristiana; pues todas las virtudes paganas no tienen valor, son como «vicios brillantes» cuando no se posee la verdadera fe. Sin embargo, se apoya en la Filosofía antigua cuando define la virtud como conducta conforme con la razón o como el arte de vivir que conduce a la bienaventuranza eterna. Su Ética aplicada acepta las cuatro virtudes cardinales platónicas que quiere sin embargo ver completadas mediante las tres cristianas: Fe, Esperanza y Caridad.

San Agustín posee una naturaleza esencialmente múltiple. Muestra en sorprendente fusión, una profunda religiosidad, una severa apariencia ortodoxa, disciplina legal, amor y junto a una gran racionalidad de pensamiento, intenso fanatismo místico. Así han podido mostrar continuidad con él, hasta entrado el siglo XVI los más diferentes movimientos teológicos, y religiosos. «Es el padre de la iglesia romana, y de la reforma de los bíblicos y de los místicos; y, hasta el renacimiento y moderna filosofía empírica (Psicología) le están muy obligados» (*Harnack, compendio* II, p. 12). Ha llegado a ser el padre de la iglesia de Occidente y ante todo su poderosa personalidad ha expulsado de Europa cristianizada durante casi diez siglos las concepciones antiguas del mundo.

§ 57. Término de la patristica
Neoplatonismo cristiano. Redactores de compendios

a) *Neoplatonismo y misticismo en la iglesia griega (Dionisio, areopagita).*

Coetáneo y colega de San Agustín, aunque totalmente antagónico en pensamiento fué el ya citado (p. 197) Obispo Sinesio de Cirene (370-412). Discípulo de Hipatía, permaneció como obispo más neoplatónico que cristiano glorificando en sus himnos la inexpresable mónada de las mónadas y explicando, por alegorías en parte y en parte por mitos, los dogmas de la iglesia de los que necesitaba el pueblo que no podía conllevar la verdad desnuda. Semejante a Sinesio, enseñó Nemesio, obispo de Emesa, (Fenicia) en oposición con la doctrina cristiana y en armonía por el contrario con Platón, la preexistencia del alma y la eterna duración del mundo y de acuerdo con Aristóteles también la libertad de la voluntad humana, mientras que otros subordinaron su neoplatonismo al dogma cristiano.

Más intimamente que en Sinesio se fundió el pensamiento neoplatónico con el cristiano en los llamados escritos areopagíticos que circularon bajo el nombre de «Dionisio Areopagita» el supuesto primer obispo de Atenas e inmediato discípulo de los apóstoles, que fueron considerados como su doctrina secreta; pero que de hecho, fueron redactados hacia el final del siglo v. El desconocido autor escribió para aquellos espíritus, que no satisfechos con el dogma y las ceremonias cristianas, aspiraban a una religiosa sumisión y unión mística con la divinidad. De estos escritos se conservan aparte de diez cartas: 1. *Sobre los nombres divinos.* 2. *de la jerarquía celestial.* 3. *de la jerarquía eclesiástica* y 4. *de la teología mística.* Dios es el fundamento inefable del mundo, el origen de todo lo que existe el que carece de nombre o tiene «todos los nombres. La comunicación entre él y nosotros, se lleva a cabo—como en los neoplatónicos posteriores— mediante una «jerarquía celestial» dividida en Triadas desde los Angeles, Serafines del Antiguo Testamento, Querubines, hasta los arcángeles. A esta jerarquía divina corresponde en la tierra la jerarquía eclesiástica, que comprende desde los más elevados sacerdotes hasta los monjes y el pueblo. Puesto que la teología afirmativa nos enseña esta línea descendente del cielo hasta nosotros, nos eleva la más alta negativa o mística, con ayuda del Logos que nos llena de una fuerza divina a través de una ascendente gradación, pureza, iluminación, santidad (*μύησις*) y semejanza a Dios (*ὁμοίωσις*) a la completa deificación (*θεωσις*). Tan sólo la divinidad es algo positivo: el mal carencia

Vorländer.—Historia de la Filosofía

y debilidad, un momento pasajero y superable dentro de la ordenación del mundo armónica y divina.

Los escritos del «Areopagita», cuya ficción, no fué descubierta hasta la época del Renacimiento, han ejercido una considerable influencia en las especulaciones de toda la edad media; en primer lugar sobre Juan Eriugena (§ 59) y los místicos como su libro clásico; después también sobre la escolástica; Santo Tomás de Aquino, por ejemplo. A esto contribuyó no poco la interpretación más ortodoxa de los mismos debida al abad Máximo, Confesor que vivió entre 586-662. La ascensión de las almas hasta Dios y su descenso a nosotros los juzga éste como actos conscientes de amor.

b) *Compendiadores y comentaristas.* Mientras los citados representan el misticismo siempre existente desde antiguo en la iglesia griega, el último que hemos de nombrar aquí, el monje Juan de Damasco que vivió en el siglo VIII, pertenece a una dirección que, ahora cuando la formación de los dogmas estaba ya esencialmente terminada y que a través del mundo cristiano se hacía sentir como una especie de abatimiento general de los animos, llegó a ser omnipotente: la de los comentaristas y compendiadores que se limitaron a relacionar y ordenar la ciencia eclesiástica existente. La *Fuente del conocimiento* de Juan de Damasco, libro que todavía hoy conserva crédito en Oriente, aspira según su expresa confesión no a traer algo nuevo, sino tan sólo a recopilar lo que definieron los filósofos, lo que distribuyeron los peripatéticos y los Padres de la Iglesia emplearon; qué herejías hay que excluir, y qué doctrinas representan la ortodoxia, lo que ha llevado a cabo, a menudo con una aplicación poco espiritual. Apologética y polémica (que ya en J. D. se dirigen contra el Islamismo) es lo único que desde entonces ha aportado la Iglesia griega.

Pero la Iglesia occidental tampoco tuvo mejores frutos durante aquellos tristes siglos de la historia de Europa. Es esta la época de la ruina del Imperio romano de los merovingios y de las invasiones árabes. Toda la vida independiente del espíritu parece extinguirse. Prescindiendo de las controversias que todavía se sostienen entre Pelagianos y semipelagianos y los secuaces de San Agustín sobre el libre albedrío y de las pruebas del presbitero galo, Claudino Mamerto (hacia 450) acerca de la inmaterialidad del alma humana, que también admitió Casiodoro, no conocimos alguna otra producción original. Todos se consagraron en absoluto a escribir compendios. Así aparece en el 430 el manual de Marciano Capela de las *Septem artes liberales* compendiado sobre Quintiliano, Plinio y Varron que fué muy usado en las

escuelas de la Edad media (El mismo M. C. no debió ser cristiano). El romano Boecio, quedó ya citado en el capítulo XV (§ 50 al final) . Apoyándose en él Casiodoro, que en 540 se retiró del servicio del Estado ostrogodo a la paz de un monasterio escribió un compendio sobre las siete «artes libres y ciencias» del llamado *trivium*: Gramática, Dialéctica y Retórica y del *quadrivium*: Aritmética, Geometría, Música, Astronomía. Lo que Casiodoro para Italia, hizo más tarde Isidoro de Sevilla (muerto en 636), para España, con su extenso diccionario (*Etymologiarum l. XX*), en el que desarrolló una sorprendente erudición. Además expuso en sus tres tomos de sentencias la doctrina ortodoxa de la Iglesia en proverbios de los Santos padres. La obra de Isidoro fué utilizada por el anglosajón Beda († 735) y ambas por Alcuino († 804) el conocido maestro y amigo de Carlomagno, a los que se unió finalmente el fundador de la educación alemana, el abad Hrabanus Maurus de Fulda († 856 de arzobispo de Maguncia).

El mérito de todos estos hombres está en haber transmitido los restos de la antigua cultura a los pueblos germánicos todavía incultos. Filosóficamente considerados carecen de toda importancia. La «Filosofía» entra con ellos al servicio de la Iglesia y así comienza el Imperio de la Escolástica.